

Conciencia moral: un reto para el educador

Miguel Bazdresch Parada*

Diversas realidades configuran al ser humano. Las hay internas. Las hay externas. Ambas se coordinan en la persona misma. Más aún se incardinan. Más: esas realidades son el ser humano. Son las limitaciones y posibilidades de nuestra facultad de percibir, lo interno y lo externo, quienes recurren a la fragmentación de la totalidad del ser humano a fin de hacer posible la referencia a ese mismo ser. Ni siquiera el perceptor más avezado y entrenado es capaz de identificar la totalidad de un ser humano. De ahí la necesidad de comprenderlo por partes. Por eso podemos decir “diversas realidades configuran al ser humano”.

Entre las realidades internas resalta aquella nombrada conciencia. Esa realidad sentida, percibida, utilizada y aun sofocada mediante la cual hablamos de nosotros mismos como de quien es capaz de “darse cuenta”. Nos “damos cuenta” de sucesos internos, por ejemplo estados de ánimo, dolores, alegrías, miedos... y nos damos cuenta de sucesos externos: El día luminoso o brumoso; la noche tibia o cerrada, de los otros al lado, enfrente, atrás y delante... de las conversaciones, y de los límites, de los obstáculos... de los mandatos y de las delimitaciones del mundo físico y social. Nos damos cuenta también de la relación entre ese mundo “afuera” de nosotros y de los efectos en nuestro “interior”. Un grito inesperado nos inquieta; el viento o la lluvia extremosa nos pone nerviosos. La brisa nos deleita y provoca suspiros y relajamiento. La conversación amena, sin concesiones, nos reanima. Un pensamiento atrevido nos suscita, en el interior, preguntas acerca del mundo externo: ¿se lo diré? ¿Puedo lastimar a alguien?

Son relaciones múltiples, numerosas y potencialmente infinitas. Y sólo habitan en nosotros, en cada uno. No tiene límites de tema, área de conocimiento o resquicio humano. La llamamos conciencia para referirnos a esa multiplicidad, pero al fin es nuestra estructura humana misma.

Por eso, hablar de “conciencia moral” implica una simplificación quizá contraria a la realidad misma. Deslindar el punto llevaría lejos. No hay tiempo ahora. Aceptemos el término a manera de un artificio para referirnos a los “actos conscientes” de las personas referidos a la moralidad. Moralidad, también dicho de manera simple e inexacta, implica una partición meramente analítica de la realidad humana. ¿Hay algún acto de la persona amoral? Podemos actuar de modo moral o inmoral. No de modo amoral. Los seres humanos somos inevitablemente morales. Se refiere a una pregunta universal: ¿debemos hacer o no... tal o cual acto o acción? Por eso la moralidad es una capacidad para enfrentar la vida. Adelante

*Profesor numérico del ITESO.

escribo unas notas reflexivas sobre el tema. Exploró además, alguna consecuencia para la educación.

Conciencia

Puede servir para la mejor intelección aceptar la referencia a diversos “tipos de conciencia” para acercarnos a esta realidad compleja, de fecunda historia, de encendidas disputas y de difícil desentrañamiento, dado que, en este caso, somos nosotros mismos, cada uno, quienes ponemos los hechos, el análisis y las conclusiones.

Me refiero ahora sólo a dos áreas: la psicológica y la sociológica. La referencia a la conciencia moral la retomo después de delimitar el tema de “lo moral”. Prescindo de la riqueza histórica y filosófica de la discusión actual sobre la ética, matriz en la cual hoy se asienta el tema de la conciencia moral.

La conciencia psicológica es un “darse cuenta” de la presencia de sí mismo; de las cosas y los hechos que se encuentran fuera del yo, de la reflexión resultante de los propios actos y de las realidades existentes en el mundo que le rodea. Este intento de delimitación nos remite a lo ya dicho: el mundo interior, el mundo externo y la relación entre ambos. El psicólogo insiste en aquella parte del “sí mismo” por su interés científico en el funcionamiento y consecuencias de esa misma parte. Sin duda es una preocupación fascinante. Por ejemplo, la búsqueda de muchos científicos por la “base material” de la conciencia ha dado frutos importantes en la intelección del comportamiento humano. Por uno lado, sabemos que es nuestra propia estructura biológica quien es capaz de “hacernos conscientes”. Y, por otro lado, aún disputamos por la noción monista del ser

humano. Hay quien insiste en considerar al ser humano constituido de sólo materia, aunque justo la noción de materia evolucione a la par de las objeciones a dicho monismo; y hay quien mantiene la propuesta del ser humano dualista: materia y no-materia, parte a la que se denomina de muy diversos modos: espíritu, mala conciencia, voluntad del mal, infraestructura económica, fuerza vital, inconsciente y otras.

La conciencia sociológica tiene que ver con ese “darnos cuenta” de que no vivimos solos y aislados, sino en sociedad y en interdependencia con los demás y las formas cómo esos “demás” han organizado la vida común y colectiva, no sólo en el momento presente sino en el pasado. Esta parte de la conciencia abarca la totalidad de nuestro “yo”, misma que nos permite darnos cuenta de nuestra propia existencia, como entidades individuales y de la existencia de las otras personas y del mundo material que nos rodea, como algo fuera de nuestro “yo”. Otra vez aparece el mundo interno, el externo y la relación entre ellos. Esta realidad social ha sido una fuente de inquietud y de reflexión de valía para la comprensión del mundo, del ser humano y del “sí mismo”. Las disputas por la primacía del individuo sobre la sociedad; acerca de la importancia de la norma social para la paz social; por la justificación del Estado para imponer el comportamiento “adecuado”; por la validez de la objeción de conciencia y el estatuto jurídico y político de la disidencia; son algunos de los temas atravesados por las consideraciones concretas de la conciencia social. No poco debemos a Paulo Freire por su propuesta de superación de la “conciencia ingenua” o “conciencia alienada” hacia una “conciencia social y política”, con la cual muestra lo insuficiente de la conciencia individual psicológica para “acercarse al

mundo y apropiarlo”. En los años recientes, el debate acerca de “los valores universales” o de la “ley natural” como fuente cierta de la conciencia social, es decir, de interpretación del mundo y sus certezas, ha sido muy agrio y violento.

Hoy en el pluralismo ideológico no es fácil acudir a una certeza “universal” como fundamento de un comportamiento social concreto. “El hombre moderno no recurre a un concepto de naturaleza humana dada y fija («el hombre no tiene naturaleza, sino historia», dejó dicho Ortega), con lo que el concepto de humanidad es más una categoría moral que natural”. Las sociedades manifiestan con claridad y fuerza su propia cultura y el mundo es ahora un mosaico de diversidad cultural con pluralidad de visiones. Tanto así, que la conciencia social ya no surte un criterio racional único para definir “valores”. Presenciamos en el terreno de la reflexión ética movimientos éticos del emotivismo anglosajón al subjetivismo existencialista. Vivimos así en un mundo inmerso en un pluralismo axiológico.

Max Weber, parece, tenía razón: en el dominio de los valores, cada cual ha de entregarse «a su dios o a su demonio», sin posibilidad de mediación racional. Weber distinguía entre una «racionalidad teleológica» que, dados determinados fines, trata de encontrar los medios más adecuados para su consecución, y que para él era el modelo de racionalidad que se había impuesto en occidente; y una «racionalidad valorativa» propia de la ética, cuyo estatuto Weber encontraba menos definido y que, en cualquier caso, hoy no parece proporcionar un criterio racional universal a nuestra conciencia social. El debate sigue siendo una ética que respete la diversidad



cultural de las diferentes sociedades y la peculiaridad individual de cada cual, a un tiempo fuera universalista, pues ahora los hombres nos enfrentamos con problemas comunes, bélicos, alimentarios, ecológicos para los que es preciso articular una respuesta arbitrada por todos los afectados.

Así, el contenido de ese “darnos cuenta”, sea psíquico, social o cultural, no es homogéneo y no disponemos de un criterio específico universal para tamizarlo y legitimarlo. El debate está abierto y nos lleva a considerar el ámbito moral.

Moral

Es común encontrar definiciones de moral basadas en su significado lingüístico etimológico. Se denomina así a la moral como “las costumbres”. Sin entrar a disputar ese significado prefiero partir de la connotación ofrecida por Ortega, en el cual enfatizaba una idea práctica e inspirada en la costumbre de utilizar el término moral para referirse a emociones, ánimos y mociones. Moral, dice, “es el ser mismo del hombre cuando está en su propio juicio y vital eficacia”. Cuando no está “desmoralizado” o “desquiciado”, añade. Es una referencia de fácil intelección para toda persona humana, aun para los niños, pues hasta los periódicos escriben acerca de, por ejemplo, los deportistas en términos de tienen “alta la moral” porque están en una racha ganadora, porque al jugador estrella le sale bien todo, y otras expresiones similares. Aunque pudiera confundirse con mero estado de ánimo, la referencia orteguiana permite ubicar lo moral en el “ser mismo del hombre” (lo moral es un estadio del ser) y a la vez resaltar la índole práctica de la moral. La moral no puede ser un conjunto de normas, disposiciones o costumbres inaccesibles a la intelección del ser humano común. Debe ser algo comprensible a cualquiera. Algo útil para orientar el actuar. Si moral refiere a ese estado de “moral alta”, cualquiera puede identificar las acciones mediante las cuales llegamos a ese estado. Y no sólo las acciones concretas, sino la índole de las mismas. De ahí puede identificarse los criterios que orientan las acciones morales, las que nos llevan al juicio, y las inmorales pues llevan al “desquicio”. Así, aun el menos ilustrado puede considerar que tiene una capacidad y un criterio, propios de su ser humano, con los



cuáles enfrentar los vaivenes y las veleidades de la vida mundana, de las inquietudes intrapersonales y de los avatares de las relaciones interpersonales o sociales. ¿En qué consiste ese saber moral que nos “enquicia” y nos da eficacia vital?

El saber moral es, dicho en términos tradicionales y sencillos, el saber que nos orienta para actuar racionalmente en el conjunto de nuestra vida. Obrar racionalmente no tiene un significado universal y fijo para todos los hombres y para todas las épocas y lugares. Existen diversas “racionalidades” y por tanto diversos significados para “obrar racionalmente”. Cuatro de ellos, quizá los más conocidos los recupero a continuación:¹

TIPOS DE RACIONALIDAD	CARACTERÍSTICAS
Prudencial. Tradición aristotélica.	<ol style="list-style-type: none"> 1. El fin último (lo que conviene a una persona en el conjunto de su vida) natural y moral es la felicidad 2. Ámbito moral: el de la racionalidad que delibera sobre los medios para alcanzar un fin.
Calculadora. Tradición utilitarista.	<ol style="list-style-type: none"> 1. Fin último: el máximo de placer y el mínimo de dolor. 2. Ámbito moral: Maximización del placer y minimización del dolor para todos los seres sentientes. 3. Criterio moral: decidir aquello que procura mayor placer a más número.
Práctica. Tradición kantiana.	<ol style="list-style-type: none"> 1. Fin: conseguir una buena voluntad que se guíe por las leyes que nos damos a nosotros mismos. 2. Ámbito moral: el de las leyes que nos hacen verdaderamente personas; el de nuestra autonomía. 3. Criterio moral: normas expresadas como imperativos categóricos.
Comunicativa. Tradición dialógica.	<ol style="list-style-type: none"> 1. Fin: conseguir una voluntad dispuesta a entablar un diálogo racional con todos los afectados por una norma, a la hora de decidir. 2. Ámbito moral: el de las normas que afectan a los seres humanos. 3. Criterio: que satisfagan intereses universalizables.

Estos diversos significados, reveladores de las búsquedas humanas para la consecución del estar en “quicio” revelan algo más. Los seres humanos somos inevitablemente morales. Somos seres puestos en la realidad. Según una expresión del filósofo español Xavier Zubiri, el ser humano es “animal de realidades”. Puesto en realidad el ser humano enfrenta la tarea primigenia de sobrevivir; ésta es la estructura básica de la relación entre ser humano y realidad. Y para sobrevivir estamos forzados a elegir. La biología no nos ha dotado de respuestas únicas. Por eso, frente a los estímulos de la realidad no tenemos una dote de respuestas, sino una capacidad de “darnos cuenta” de esos estímulos y de aquello que afecta y suscita en nuestro interior tales estímulos. Tenemos

libertad para decidir nuestra respuesta, dentro de las posibilidades humanas. La libertad es un momento básico de nuestra vida, y a la vez estamos forzados a elegir. Esta constitución nos permite afirmar que el ser humano es *constitutivamente* moral. Nuestra misma estructura biológica exige una acción moral antes de cualquier contenido moral concreto. Por eso todo ser humano se ve obligado a conducirse moralmente.

Nuestra estructura moral que nos compele a tomar decisiones no nos resuelve el contenido de tales decisiones. Ante las posibles alternativas de respuesta a la estimulación de la realidad lo moral es cosa nuestra. ¿Con cuáles criterios se han de tomar las decisiones?

Un criterio podría ser “apegarse a las normas”. Se trata de asumir el supuesto de que si las normas están bien pensadas por personas responsables, justas y virtuosas, *deben ser* normas válidas y útiles. Este criterio fue muy pregonado por las morales de inspiración religiosa: Debo obedecer las normas “porque es lo que Dios quiere” o “porque es lo que enseña la Iglesia”. Se usa mucho también para solicitar disciplina en el aula: la autoridad es legítima luego sus ordenes están bien dadas. No menos en la vida social para exigir apego a ciertas normas de comportamiento en la colectividad. Sin embargo, el criterio, por más usado y simple, no es menos discutible. Apegarse a las normas con base en la “buena voluntad” de quien las elaboró o de quien pide su cumplimiento no es suficiente para considerar la conducta moral, pues no se basa en una decisión libre; en todo caso en una abdicación de la propia racionalidad en manos de la autoridad.

Otros criterios provienen de las tradiciones racionales: La mejor decisión es la que me lleve a *realizar mi ser*. O aquella que me permita conseguir *todo el placer*

posible. Por la *coherencia con mis ideales*. Con base en aquellas intuiciones mediante las cuales capto los valores que exigen ser realizados. Finalmente puedo decidir con base en el resultado de un diálogo entre los interesados y afectados: Por la comunicación entre nosotros. Estos criterios ilustran las diferentes éticas que fundamentan las decisiones morales desde diferentes presupuestos filosóficos y antropológicos.

Por otro lado, si el ser humano de veras es constitutivamente moral, la respuesta moral a la suscitación de la realidad es aquella mediante la cual consigo adelantar en la auto posesión de mí mismo. No para parecerme a mi ideal sino para ejercer la apertura fundamental a la experiencia de “ser siendo”. Un ejemplo, con base en la más reciente definición de salud (de la OMS) que precisamente propone que “El grado de salud de las personas se mide por el grado de auto posesión”. En concreto por cuatro capacidades: capacidad de desplazamiento, capacidad de autocontrol, capacidad de relación interpersonal y amplia conciencia psicosocial. Ser moral es ir siendo uno mismo.

La discusión anterior nos deja ver que no hay porqué universal, pues existen diferentes ofertas de fundamentación ética en competencia. Asimismo, deja ver la dificultad de fundamentar de manera absoluta la conducta moral en general. En concreto y para la práctica y en los hechos de la vida cotidiana personas y comunidades resguardan sus principios y criterios morales diversos con la sabiduría de que hay más de uno y no importa disputar por el verdadero, sino utilizarlos de manera práctica. Vamos siendo morales con la ineludible realidad de estar obligados a decidir ante la realidad de la vida. A actuar en nuestro “quicio”, y a “dar cuenta” de nuestras decisiones.

Conciencia moral

Ahora con los elementos de conciencia y de moral arriba anotados podemos referirnos a la conciencia moral. En un primer momento podemos inferir que la conciencia moral consiste en “darnos cuenta” de las normas o reglas morales. En un paso más preciso, la conciencia moral podemos conceptualarla como la facultad que nos permite “darnos cuenta” si nuestra conducta moral es o no es valiosa.

Una definición muy usada establece que “La conciencia moral es consciente de los valores éticos. Es conocimiento (personal o comunitario) de lo que se debe hacer y de lo que no se debe hacer, y con base en éste diferenciar lo bueno y lo malo”. La conciencia moral es la manifestación del juicio moral, por tanto, “...es el juicio inmediato y práctico sobre el carácter moral de nuestras acciones”. Dicho de manera descriptiva se puede afirmar que la “conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la cualidad moral de un acto concreto que piensa hacer, está haciendo o ha hecho”.

Tal como se puede deducir de las versiones antes propuestas y su combinación con las notas acerca de la conciencia, antes expuestas, existen dos posiciones fundamentales que explican la naturaleza de la conciencia moral: la innatista y la empírica. La posición innatista



afirma que la conciencia nace con el individuo, es una capacidad propia de la naturaleza humana. Afirma la capacidad para juzgar lo bueno y lo malo de una conducta, es un don divino, o, es un producto propio de la razón humana, la misma que descubre a priori el sentido del bien y del mal.

La posición empírica, por su parte, sostiene que la conciencia moral es resultado de la experiencia, es decir, de las exigencias o mandatos de la familia, de la educación o del medio sociocultural en general, por lo que las ideas morales son de naturaleza social, están determinadas por las condiciones materiales de existencia

Para efectos de concretar toda la discusión anterior, podemos aceptar la siguiente proposición: La conciencia moral comprende la percepción de los principios de la moralidad ('sindéresis'), su aplicación a las circunstancias concretas de cultura, tiempo, lugar y ubicación, mediante un discernimiento práctico de las razones y de los bienes, y en definitiva el juicio formado sobre los actos concretos que se van a realizar o se han realizado.

Educación moral

Por último, una nota sobre la educación moral. En el terreno de lo moral el peligro es inculcar. La meta del inculcador es transmitir contenidos morales con el objetivo de que el educando los incorpore y ya no esté abierto: pretende darle respuestas y evitar que siga pensando. El educador tiene como meta que el niño y el joven piensen por sí mismos, que se abran a contenidos nuevos y decidan desde su autonomía qué quieren elegir.

Educar en el terreno moral, sea en familia, escuela o comunidad, es fundamental para suscitar la autonomía de los educandos

entendida como optar por aquellos *valores* que humanizan, que nos hacen personas y no otra cosa. El educador no tiene más remedio que transmitir con claridad aquellas ideas y saberes que él considera humanizadores.

¿Qué cosas humanizan? Por la tradición podemos recoger modelos de personas ejemplares. Contemplantos e imitarlos puede ser una camino de humanización. Sin embargo, es un camino lleno de dificultades. Recolectar las virtudes entre miles de ejemplos puede resultar una tarea poco convincente pues cada ideal de persona es hijo de su tiempo y del sueño de quien vive ese tiempo, es decir, de su circunstancia. Los héroes son ejemplos concretos de virtudes, quizá poco universalizables.

Los valores también humanizan. Los valores que respaldan a los héroes por ejemplo. Si miramos más allá de los ideales y captamos los valores que cada persona encarna a su modo, según las épocas y lugares, tendremos un marco de reflexión moral con el cual informar nuestra libertad: Educar en valores más que en modelos de ser humano.

Para volver a la conciencia moral la intuición de Freire es valiosa guía: la formación de la conciencia supone pronunciarse ante sí, ante el otro, ante el mundo. Es concientizarse.

Nota

¹ La tabla esta basada en Adela Cortina, *El quehacer ético*, Aula XXI Santillana, Madrid, 1996.